

CRÍTICA A LAS IMPOSICIONES MORALES Y RELIGIOSAS A LA MUJER EN LA NOVELA SALVE REGINA DE TOMÁS CARRASQUILLA

Solangel Rodríguez Gómez. srodri42@eafit.edu.co

RESUMEN: Salve Regina es la historia de una joven pueblerina, procedente de una familia criolla y de noble casta. Ella está enamorada de Marcial Rodríguez, un hombre negro descendiente de esclavos, pero adinerado. Sin embargo, este es un amor vedado, debido a sus diferencias culturales, sociales, raciales, religiosas y familiares. Regina como mujer blanca y semejante a la Virgen, debe renunciar a ese amor, aunque para lograr este propósito, tenga que morir. Al fin de cuentas, lo más importante es guardar las apariencias ante una tradicional e implacable sociedad.

ABSTRACT: Salve Regina is the story of a young woman from a Creole family and noble caste. She is in love with Marcial Rodriguez, a black man descended from slaves, but wealthy. However, this is a forbidden love because of their cultural, social, racial, religious and family differences. Regina as a white woman and like the Virgin, must renounce that love, although to achieve this purpose, she must die. At the end of the day, the most important thing is to keep up appearances

before a traditional and relentless society.

PALABRAS CLAVE:

Apariencias, renuncia, tradicional, religión, muerte, virgen, prohibido.

KEY WORDS

Appearances, renunciation, traditional, religion, death, virgin, prohibited

Introducción

La novela *Salve Regina*, escrita por Tomás Carrasquilla, sitúa al lector en un pueblo llamado Santa María de la Blanca, entre montañas antioqueñas, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En este pueblo, la sociedad es católica, conservadora y moralista. Regina, prácticamente, no gozaba de libertad para tomar sus propias decisiones como amar a quien ella quisiera, estudiar una profesión, vivir en otro lugar, privilegio que sí tenían los hombres de su clase social. En ese contexto sociocultural, ella, se debate entre ese deber ser y el amor y deseo que siente por Marcial Rodríguez, a quien ama desde la infancia, pero, que según su familia, la iglesia y la rancia sociedad blanqueña, es un hombre inapropiado. En esta historia, la obra de Carrasquilla configura una crítica a la religión y a la moral que se imponen en detrimento del individuo, en este caso de Regina, que representa a su vez a todas las mujeres de su época.

Entre ser una virgen y seguir al amor

En la obra, se presenta un personaje, Regina que se describe como “una buena mujer” de acuerdo con los preceptos religiosos y sociales, pero que alberga una contradicción en su interior: amar y suspirar por Marcial. Ese amor era oscuro con lo que le corresponde ser de acuerdo con su condición de mujer y con su clase. Por esto, la sociedad vigilante de Santa María de la Blanca, su familia y la institución católica, representada por el padre Salamanca y el Doctorcito, no solo la manipulan, también le coartan la libertad de amar y ser amada.

Ella padecía la frustración por no poder alcanzar y vivir ese amor a plenitud que se contradecía con su sentimiento de culpa, manchando la imagen que le imponen: emular a la Virgen María, hasta el punto de que su vida se volvía en un infierno. A la joven la vida le parecía pavorosa. Regina, para mitigar su de La Blanca y se quedaba extasiada pues le parecía “argentina e inmaculada”. A veces, le inspiraba ideas taciturnas y raras. Parecía meditar observando su blancura, su majestuosidad, hasta elevaba invocaciones al cielo en medio de su contemplación ante esta “obra de la Naturaleza”

Otras veces, Regina, no oraba ante la cascada “La Blanca”, recapacitaba y hacía comparaciones entre la pureza de esas aguas antes de precipitarse a la tierra y enlodarse y la pureza del alma de su amado Marcial, antes de que la gente comenzara con sus habladurías acerca del comportamiento “non sancto” del hombre.

Los padres de Regina, lo odiaban porque lo consideraban un hombre inapropiado para ser el esposo de ella. Esta prohibición, la sumergía en una profunda zozobra que le estaba robando la vitalidad de la juventud, su alegría de vivir, su entusiasmo por la vida. Regina quería rebelarse ante las imposiciones asfixiantes, pero su familia y toda la sociedad de su pueblo eran más poderosas, ella era sola para enfrentarse a una muchedumbre, además, no tenía otra visión distinta del mundo.

Todo le producía mucha tristeza, así como ella, por un capricho enigmático, elegía bañarse en las aguas turbias de la Blanca, y no en los arroyuelos cristalinos del pueblo, del mismo modo que un corazón aturdido por un amor inalterable, ella prefería a una persona del común, mientras rechazaban a hombres distinguidos y de conducta íntegra, que según ellos, la amaban y la solicitaban en matrimonio.¹ Así de contradictoria le parecía la vida. “Y ella... ¡cuán mala y depravada! Porque lejos de desprenderse del menguado, que sólo desprecio merecía, sentíase más y más atraída y avasallada.”² (Carrasquilla: 2008:177)

A ella se le estaba exigiendo una misión imposible de cumplir. Se le exigía imitar ese mito mariano que debían seguir las mujeres blancas de clase media alta. Ella era la Inmaculada concepción viviente, como la patrona de la Blanca: piel nívea, cabellos rubios y una belleza que sobresalía entre las demás mujeres el pueblo. Como si estuviera predestinada para el sacrificio en bien de su pueblo. Regina intentaba usar como atenuante a su padecimiento

¹ Carrasquilla: 2008:177

² Carrasquilla 2008: 177

organizar los altares, enseñar el catecismo a los niños, tejer y otras actividades destinadas a las mujeres privilegiadas y poco productivas.

Durante las mañanas resplandecientes de verano, con esa actitud del que mira a lo lejos, Regina admiraba desde los corredores de su casa, el salto de La Blanca. Le parecía tan espléndido: le parecía en varios momentos más cristalino y blanco. No se cansaba de mirarlo y, a medida que lo contemplaba, sus ojos iban como recitando un poema de añoranza y de humildad. La cascada era para ella una invitación al hedonismo, a veces le inspiraba ideas desconsoladas y confusas, pero no se corregía. Mirar la cascada todos los amaneceres, se le convirtió en un hábito, mientras tanto, pensaba con persistencia en su amado. Cuando la niebla ocultaba la cascada, ella echaba de menos, su belleza y albor. A veces rezaba marrándola y se imaginaba que sus plegarias eran más vehementes ante la más bella obra del Todopoderoso.³

Hubo dos pretendientes que, por su condición social, económica y racial, eran aceptados por los padres de Regina: Don Guillermo y Doña Antonia y por supuesto por la iglesia y la sociedad blanqueña que vigilaba en todo momento las decisiones de Regina, que le imposibilitaban vivir su propia existencia como ella deseaba. Al fin de cuentas, para ella, la razón de vivir era su amado. Con las prohibiciones, la vida se le estaba llenando de dolor, de sombras de la muerte.

Se sentía sin deseos de vivir. Cumplía con los deberes: iba al colegio cuya educación era impartida según los parámetros religiosos. La vida giraba en torno a la religiosidad. También realizaba los oficios considerados como apropiados para niñas de su clase: manualidades, rezar, cantar himnos religiosos, diseñar los altares de la iglesia, cuidar el jardín que producía flores para engalanar el templo en los eventos religiosos que eran la constante en el pueblo.

Ella como mujer era utilizada para ayudar a sostener esa ideología religiosa mediante la perpetuación de las costumbres y rituales. Gracias a su docilidad e ingenio, ella desempeñaba a cabalidad esta tarea. Mientras Regina distraía sus pesares por su amor contrariado, realizando actividades sin ninguna retribución económica, ella era manipulada para que cumpliera ciegamente la voluntad de su familia y se alejara para siempre de su amor, aunque en ello expirara; lo más importante era guardar las apariencias.

³ Carrasquilla: 2008: 176

La mujer perpetúa la tiranía contra su género

Doña Antonia, la madre de Regina, le prohibía su relación amorosa con Marcial Rodríguez. Aunque don Guillermo no estuviera en casa, doña Antonia la estaba vigilando para hacer cumplir sus órdenes. Ella vigilaba los pasos de la joven, para impedir que tan siquiera hablara con su amado. No le permitía ir sola a ninguna parte. Regina siempre tenía que ir acompañada de su hermana Laura, de su hermano menor Jorge o de doña Antonia. La actitud de doña Antonia, era de tiranía, porque intentaba impedir la realización de ese amor entre Regina y Marcial. Esta represión le producía a la joven un conflicto interior, porque no sabía si obedecer o rebelarse. No se rebelaba, porque se sentía sucia. Por lo tanto, la joven se veía obligada a renunciar sus deseos, a reprimir su amor por Marcial para obedecer a su familia y a la iglesia. Ante su amor contrariado, Marcial se le convierte en una obsesión. Doña Antonia por guardar las apariencias ante una sociedad indiferente, parece no importarle el sufrimiento de su hija.

Está verde y consumida.” Murmuró la madre, no bien Regina hubo salido. Parece una asombrada. Ni come, ni duerme: no tiene más vida que estudiar y vivir ¡en la iglesia, como fuera una vieja. ¡Le aseguro que el perdido aquel me la tiene enyerbada! Bien dicen que no hay pícaro sin fortuna.” Laura, su hermana, mayor quien estaba casada, intentó convencer a Doña Antonia para que le permitiera a Regina casarse con Marcial. La señora se puso” iracunda. ⁴

⁴ “Las mujeres somos fatales cuando se nos mete un caimán en el corazón. Ya ves: al tanto habrá una criatura más obediente, más sumisa y más buena que esta niña, ¡porque es un ángel!, como dice el señor cura; ya ves qué laya de novios le han salido... y mírala perdida por ese estragado, tan feo y tan antipático. Por eso decía... murmura Laura. ¡Pero niña por Dios! Ataja la madre. ¿Cómo vamos a ceder? ¡De pecado mortal no rebajaría! [...] Ella sí, la pobre. No digo yo a Medellín, a un destierro se iría, por complacernos. Si en ella estuviera, ya habría olvidado al tal Marcial. ¡Pero imposible! Es un amor que le puede: desde niña lo ha querido, y toda su vida ha sido él perverso y de mala ley. [...] Bien puede parar en santo el tal Amito; pero para lavar las que está haciendo y probar la enmienda ¿se figura usted que basta quince días o un mes? Vea, Laura: si ese hombre ha de probar antes de casarse, que es decente y caballero, tiene que ir de bordón a la iglesia. Pero, entonces, ¿qué haremos?” (Carrasquilla, 2008: 185)

La madre de Regina, Doña Antonia, con su actitud coercitiva hacia su hija, estaba perpetuando la tiranía en contra su género. Ella estaba impidiendo que su hija viviera el amor con su novio Marcial Rodríguez. Aunque su esposo Don Guillermo Duarte, estuviera ausente, Doña Antonia, estaba presente en el hogar para hacer cumplir los mandatos impuestos por la sociedad moralista, conservadora y pacata de “La Blanca”, cuya ideología patriarcal, creó un mundo que sometía a las mujeres a la voluntad masculina. A veces, Doña Antonia se daba cuenta de que su hija Regina, se estaba consumiendo de amor por Marcial. Sin embargo, esto parecía no preocuparle⁵

Doña Antonia evadía el trato con las demás personas del lugar. En el fondo soportaba sus abatimientos por el malestar de su hija Regina, con mayor razón evitaba confiarle sus agonías a los demás. “Los pesares de su alma, la impulsaban a la soledad (Carrasquilla: 2008. 186)

En una localidad tan pequeña como sus horizontes y su mentalidad, era un tormento comentar las calamidades domésticas que tanto la atormentaban a ella y a Regina. Los pesares

⁵ “No se enoje madrecita. Dice Laura muy confundida. He dicho una bobada grande. ¡Es que no puedo conformarme con ver a Regina así! ¡Si ella olvidara a ese hombre! ¡No lo piense! Esto es una enfermedad incurable como el cáncer... ¡Así lo querrá Dios! Ya ves cuánto hemos pedido por esta necesidad y nada hemos conseguido.” (Carrasquilla: 2008. 185)

de Regina, los cambios de ánimo, toda la depresión que carcomía su ser, eran asunto suyo, no de las personas murmuradoras de tragedias de vidas ajenas, porque las vidas de ellas eran miserables que no tenían nada distinto a su cotidianidad.

La cascada de la Blanca

Según las palabras con las que encabeza la narración se presagia que la fuente es una metáfora del destino de Regina, en alguna forma es el augurio de un conflicto trascendente ⁶

Esa cascada del mismo modo, puede representar a Marcial, el objeto del deseo prohibido a Regina, puesto que, en la acción de la cascada, se concentra el significado del acto sexual no consumado: “Resplandece y se magnifica en su pureza; asoma apretado y se encarruja; se afloja enseguida como una madeja; se desmelenan, por último, lacio, deshecho para perderse en la espesura. A medida que desciende por las negruras del basalto para entristecerse” (Carrasquilla 2008: p.175) No se oculta entonces, la dimensión sexual del conflicto de Regina.

Al comienzo de la obra no se proyecta, como tampoco al final quedará claro, la castidad espiritual de la Regina, según el modelo mariano con el que ha sido identificada en la obra de Carrasquilla. Como asevera Bedoya (1996:60) “A esto se agrega el nombre de Marcial que significa guerra, y eso es lo que él representa para el debate interior de Regina, contradicha en sus deseos. Regina vive en su interior un conflicto: acatar las exigencias de la sociedad blanqueña, la iglesia y su familia: aceptando la propuesta de matrimonio de uno de

⁶ “En los Andes. En negro y atrevido contrafuerte, tajado en dos planos verticales, parece un libro abierto. En ambas páginas escribió Naturaleza, con signos de líquenes y jeroglíficos de cardos, una sentencia misteriosa. Cual, si quisiera apuntarla en su sabiduría, puso allí un torzal de plata y armiño.” (Carrasquilla: 2008: 175) Esa sentencia misteriosa, encierra el destino final de Regina: morir como chivo expiatorio para liberar a la gente del pueblo de Santa María de la Blanca de “la peste del Rayo”. Cuando la gente de las veredas, o del mismo pueblo de la Blanca, sea anciana, niña o adulta empieza a morir por cualquier razón, le echan la culpa a Regina de su deceso. Todo por atreverse a contrariar las órdenes de una rancia sociedad y pretender amar no a quienes ellos le aprueban, sino a Marcial Rodríguez: un hombre negro, cuyo color les evocaba no a los santos sino a Satanás, la representación del mal y la rebelión, la contradicción, el no estar de acuerdo, atreverse a protestar, a transgredir las leyes.”

los pretendientes, dignos de ella según sus mayores, o permanecer virgen como la Inmaculada concepción, patrona del pueblo, pero jamás casarse con Marcial Rodríguez, quien era su

objeto de deseo. Su novio, por ser negro descendiente de esclavos, no era considerado el esposo ideal para ella perteneciente a una familia católica, conservadora y moralista.

La obstinación por Marcial en Regina es relevada por La cascada “La Blanca”. En ésta la joven percibe el problema existente entre su necesidad de erotismo y el peso del pecado que ha interiorizado como consecuencia de los tabúes sociales, religiosos y familiares.

En el dogma católico, el blanco significa pureza. Se está relacionando la blancura de la cascada por parte de Regina, con la pureza también de ese amor tan grande que ella siente por Marcial desde la infancia. Además, el blanco de la cascada es relacionado con la mortaja: “Tan nivea, tan etérea, con hebras de argentada lana, se parecía al chorro de La Blanca” (Carrasquilla: 2008: 219) Al fin de cuentas, Regina no pudo casarse ni con Marcial ni con alguno de sus pretendientes; sus mayores la sepultaron vestida de blanco, como la novia virgen. Ella muere amando a Marcial.

Imposición y auto imposición de la imagen mariana sobre Regina

Regina estaba acostumbrada a organizar el altar en la iglesia. Cuando terminaba, se quedaba en silencio, como meditando sobre el dolor que la destrozaba. Ella necesitaba pedirle ayuda a la Virgen María a quien veneraba; a quien le habían impuesto imitar desde niña y a quien ella misma se había autoimpuesto imitar. Allí en Santa María de la Blanca veneraban a la Inmaculada Concepción. La joven suponía que la Virgen le ayudaría a liberarse de la hecatombe que le había ocasionado haber escuchado que su amado Marcial era un chico de mal comportamiento, según las habladurías en el pueblo. ⁷

No podía soportar esa congoja que le causaba haber escuchado comentarios desfavorables acerca de su amado. Ese sábado, como todos los sábados, era destinado a rendirle tributo a la Virgen. Como era usual, la joven iba a la iglesia siempre acompañada de su hermana Laura y de sus hermanos menores. Por consiguiente, nunca tenía la oportunidad de salir sola, ni siquiera a la iglesia, menos dialogar con Marcial para que él le manifestara lo que ella deseaba escuchar: que él era inocente. Regina imaginaba que La Virgen, a veces la escuchaba. Pero no era así.

⁷ “A ese pobre _ decía uno de los interlocutores _ lo acabó de matar la compañía con Amito. Amito era en el colegio el maestro de todas las maldades. Se salió porque lo iban a expulsar; pero quedaron muchos Amitos aprendidos. _ ¡Ese vagamundo! _ repuso el otro. Ya ves lo que está haciendo en la finca.” (Carrasquilla: 2008:178)

Como era habitual, un sábado, el coro, representaban el arte divino de Palestina, iban siendo para la joven lugareña melodías de una Italia celestial. ¿Qué le decían? ¿Qué fórmula nueva de la vida le revelaban? “Salve Regina Mater misericordiae.” Una ola de enternecimiento le subió del corazón. Miró allá y Marcial estaba al lado de la puerta del perdón. ¿No era esto un indicio de que La Virgen principiaba? La joven se arrodilló poseída de un fervor extraño que nunca había sentido. A la estatua de la Virgen; y el escabel y la corona, y los candeleros y las luces irradiaron deslumbradores, al través de sus lágrimas, cual si fuera la confirmación gloriosa de lo que sentía en tal momento. _ ¿Por qué lloras Regineta? _Le dice recio el hermanito menor, que estaba arrodillado junto a ella. _ ¡Decime! _Chito! No se habla en la iglesia. _ ¡Yo sé! _repite el chicuelo a media voz. Es por Amito. Míralo allá abajo. Ta parao junto con Fraciqui. Te está atisbando hace ratísimo. _Cállese, Jorgito, y rece. (Carrasquilla: 2008:181)

Regina estaba conmovida, ese sábado, tenía la sensación de que la Virgen María, a quien ella debía imitar y que se había autoimpuesto imitar, a veces la escuchaba o, parecía escucharla. Su amado estaba en la ceremonia religiosa. Allí estaba observándola, contemplándola, como ella estaba concentrada en la imagen de la virgen. Marcial, sólo se limitaba a mirar a su amada desde lejos, no intentaba acercarse a Regina. Al fin de cuentas, la rancia sociedad de la Blanca, les prohibía ese amor. La misma virgen, ser inalcanzable, etéreo, intangible, fantástico, que le habían impuesto a la joven Regina como modelo que debía imitar, no la escuchaba de ninguna manera. Tampoco Dios. ¡“Quítame esto Dios mío! ¡Yo quiero ser buena! Pedía ella de rodillas en el lecho, echada hacia atrás, las manos cruzadas como una Magdalena” (Carrasquilla: 2008: 192) Las súplicas de Regina eran ignoradas, imploraba ayuda sobrenatural para olvidarse de ese amor imposible, no obstante, no era escuchada. Oraba para que Marcial se volviera bueno y dejara de cometer fechorías como se rumoraba en el pueblo de la Blanca, no obstante, todo seguía igual. Con más fuerza amaba a Marcial, y él, seguía retirado en la finca “La Remanga” La chismografía continuaba haciendo daño irreparable a la vida de Regina, al ocuparse de dañar la imagen de Marcial. De otro lado, el deber ser de Regina, consistía en imitar a la Virgen María en castidad, santidad y obediencia ciega a la cultura patriarcal, creada por los hombres y para los hombres en detrimento del individuo: Regina y las mujeres de La Blanca.

Regina convertida en chivo expiatorio

El padre Salamanca irrumpe en el templo de ipso facto para hacer una premonición inesperada y terrible: “Esa comarca, consagrada a la Virgen sin mancilla; ese valle donde Ella derramaba a manos llenas todas las bendiciones, era ahora teatro nefando de los crímenes más abominables. El castigo de Dios vendría y ¡ay de los culpables! Jamás se había oído tan

espantosa acusación. Regina quedó como aplanada. ¡Qué momento aquél! De recordarlo solamente sentía frío en el corazón.” (Carrasquilla: 2008: 182)

A partir de la maldición del padre Salamanca, el imaginario colectivo de Santa María de la Blanca, aprovechó que Regina estaba transgrediendo ese debe ser impuesto por todos: ser como La Virgen María, para culparla de una desgracia inminente, según lo pronosticó el cura. Desde ahí, comienza a gestarse lo de “El rayo”. A partir de ese momento, Regina decidió ni mirar a Marcial. Él hizo todo lo que pudo para comunicarse con su amada sin obtener resultado, porque ella rehusaba todo trato con él, hasta incineraba las cartas. “De todo esto hacía ocho meses más o menos, y en tanto tiempo había cumplido la consigna que así misma se impuso desde aquella noche; no mirar a Marcial ni al soslayo, huirle de todos modos. El novio, por su parte, reclamó por cuantos medios estuvieron a su alcance; pero en vano. Las razones y querellas, por conducto de amigos o de criadas, fueron desoídas; dos cartas fueron devueltas sin abrir; una tercera, echada por la ventana y recogida por Regina misma, fue al fogón por mandato de la madre.⁸

La Virgen se negaba a escucharla. Según los chismosos de la Blanca, Marcial continuaba igual. Las habladurías incesantes de la gente iban y venían. Hasta el cura caía en la trampa de los chismes. [...] “ademanos sorprendidos y en otros; la insistencia misma de Marcial de no vivir en el pueblo, lo decía todo” (Carrasquilla: 2008:182) Esto parecía corroborar todo lo que se hablaba en contra de Marcial. “En cuanto a ella... ¡ay!, si antes lo quería, ahora lo adoraba” La prohibición por parte de la sociedad por ese amor, estimulaba más ese amor en Regina. Ella se sentía culpable, por amar a un ser prohibido y sentía sucia y merecedora del peor de los castigos. Doña Antonia consideraba ese amor de Regina por Marcial como una enfermedad incurable como el cáncer, que además no servían los rezos, como si Dios tampoco la quisiera escuchar.

Alguien decidió un cambio de su comportamiento en el pueblo de La Blanca, fue Regina, con su renuncia a ese gran amor. Pero no sólo eso. Sólo iba a la iglesia, al colegio, cuando había clases y bañarse en los arroyos, iba acompañada de su madre o de su hermana Laura. Por todas estas imposiciones morales y religiosas a las que fue sometida Regina, ella se estaba viendo confinada al enclaustramiento, a evitar casi todo contacto social, y aun así, la joven fue convertida en chivo expiatorio.

A Regina, la vida le parecía triste y extraña: “Apenas fue mujercita principiaron las batallas. Mal podían avenirse su criterio de conciencia, recto y ajustado, con su imaginación

⁸ Carrasquilla: 2008: 182

calenturienta, exaltada por las lecturas de la historia bíblica y de las vidas de los santos. No armonizaban tampoco su malicia en la especulación y su inocencia en la práctica.

Regina tenía todo a su favor para triunfar en la vida: procedencia de una familia acaudalada, inteligencia, carácter, capacidad de liderazgo. Pero, su amor entorpecido y oprimido, la fueron aniquilando. [...] La pobre criatura se formulaba a sí misma la interpretación de la vida [...] (Carrasquilla: 2008:182) De nada le habían servido las hagiografías con las que la iglesia pretendió adoctrinarla. Regina sacaba sus propias conclusiones. Ella misma interpretaba lo absurdo, que era la existencia: ante ella se presentaba la vida llena de juventud, de ilusiones ante el amor; también estaban las restricciones que le hacían la existencia imposible de vivir. En el pueblo de La Blanca, se estaban cometiendo crímenes abominables y llegaría un castigo terrible:

“¡El rayo...! Así llamó al punto y no pudo llamarse de otro modo. El pánico, la locura se apodera de la Blanca (...) El rayo se aproxima, ya llega, ya llegó. (Carrasquilla: 2008: 199)

La muerte coincide en llevarse a varias personas, en extrañas circunstancias, según las afirmaciones de los lugareños, quienes acusan a Regina de ser quien generó esa tragedia en el pueblo por culpa de su pecado. Por lo tanto, Regina es convertida en chivo expiatorio de los pecados cometidos por la sociedad Blanqueña. En el pueblo se vive la indiferencia por el estado agónico de Regina. El último golpe certero que recibe es su inesperado encuentro con Marcial, quien le reclama por su desamor. “Mátame de una vez, que yo prefiero la muerte a esta incertidumbre.” (Carrasquilla: 2008:203)

Con la muerte de ella, el pueblo se libera de la peste y de la muerte. Regina viene a ser la redentora de todos los males naturales y sociales de la Blanca. En el pueblo no existía un método científico que le demostrara a la gente, que esa sentencia expresada con indignación por el cura Salamanca, no tendría ningún efecto. El cura aprovechaba la credulidad y la ignorancia de la gente para manipularla con sus terroríficas premoniciones. Con una voz atronadora exhortó que llegaría un castigo porque según él, en el pueblo se estaban cometiendo “crímenes abominables” “Había callado mucho, mucho tiempo, por no escandalizar a sus feligreses; pero ya su silencio era un delito (aquí cesó el embargo de la voz y principió a tronar) Santa María de la nueva Babilonia; el valle, otro Pentápolis.” (Carrasquilla, 2008:182)

Mediante el lenguaje acompañado de signos paralingüísticos, el sacerdote, logra sembrar la zozobra en aquel lugar. El efecto es inmediato y certero. Si en las montañas moría algún campesino por enfermedad desconocida, o por los estragos de la senectud, era consecuencia del rayo, si alguien se ahoga ingiriendo algún alimento, era efecto del “rayo”. ¿Quién era el culpable de aquellas desgracias? Por supuesto que Regina. Por amar a Marcial Rodríguez, el

hombre inapropiado, según la sociedad, su familia y la iglesia, ella era una pecadora y pagaría muy caro su osadía.

Tragándose las lágrimas le traspasó doble Doña Antonia, por ella y por Don Guillermo. Pidió Regina que le trajesen a la niña y le entrasen los muchachos. Pero un síncope le sobrevino. Aquel organismo inerme, anulado de un golpe, tenía ya agostadas las raíces de la vida. A las siete de aquella noche, ya en agonía, aún intentaban los últimos esfuerzos. A la una la sacaron expirante de un baño. En brazos de Laura, que acababa de enjuagarla, se quedó a poco como un niño que se duerme. El eterno ha muerto se oyó en esta vez como el quejido de un solo corazón. Claro nadie había enfermado en La Blanca; de las montañas ya nadie bajaba tristes barbacoas; El Rayo había cesado por encanto: luego era Regina la víctima propiciatoria; luego había bastado ella sola a detener la diestra justiciera. (Carrasquilla: 2008:218)

Para Regina habían terminado todas sus penas. No estarían la rancia sociedad blanqueña, su familia, ni la iglesia, reprochándole su amor prohibido. El pueblo entero de “Santa María de La Blanca” estaría en sus honras fúnebres, admirando su belleza semejante a la Inmaculada concepción. Hasta las jóvenes y demás mujeres que en vida la censuraban por su temperamento, ahora estarían rezando y haciendo comentarios en favor de la difunta, cuando en vida, sólo hacían comentarios desfavorables, ignorando que ellas también sufrían las mismas imposiciones morales y religiosas como las sufrió Regina a quien en vida, tanto envidiaron y hasta aborrecieron.

¿Qué crítica se hace a la sociedad religiosa y moralista descrita en el relato?

Se percibe crueldad en esa ideología patriarcal, religiosa, moralista y conservadora, por varias razones: una mujer como Regina proveniente de una familia aristocrática, no tenía la posibilidad de tener solvencia económica. Dentro de su núcleo familiar, era la niña de alcurnia, una de las más sobresalientes en la región. Hasta ahora, todo muy bien. Algo semejante a un pajarito encerrado en una jaula. En la jaula, el ave tiene agua fresca y alimentos, pero no puede volar, está cautivo, como muerto en vida. Eso mismo les sucedía a Regina y a las demás mujeres de su época. Se pretendía en la familia mantener a la mujer en una eterna infancia, se pretendía perpetuar su docilidad, su sometimiento a la voluntad masculina, sin tener la opción de poseer bienes materiales.

Aunque en la novela *Salve Regina*, Carrasquilla a través de la voz de ese narrador omnisciente, más allá de presentarnos una novela de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, está haciendo una crítica a las imposiciones morales y religiosas a la mujer, pero no sólo este tipo de imposiciones, sino también restricciones económicas. O, ¿en qué parte de la novela, dice que Regina, por ejemplo, era dueña de cincuenta cabezas de ganado, o de una casa en la Blanca, u otro bien material? En ninguna parte. Una poderosa estrategia de sometimiento, usada por la cultura patriarcal: la restricción económica. Ninguna de las mujeres de la familia de Regina, tenía posesión material que le brindara independencia. Sí. Eran mujeres de clase alta, pero ahí en esa jaula, bajo ese dominio, bajo esas cuatro paredes, bajo la ideología patriarcal, sometidas por las coerciones sociales, morales y religiosas. Empezando por las normas de comportamiento impuestas por esta cultura. A la mujer se le estaba negando el derecho a su propio cuerpo, porque no se le permitía vivir a plenitud su sexualidad. Regina como mujer adolescente, quien deseaba a Marcial, no tenía derecho a vivir su sexualidad. Se le prohibió el mínimo trato con él, por considerarlo de clase inferior. Es una crueldad ejercida por la mitad de la humanidad, representada por los hombres, en contra de la otra mitad: las mujeres, por el sólo hecho de ser mujeres: negarles vivir su sexualidad, impedirles el derecho a expresar lo que piensan lo que sienten, estudiar, aprender a trabajar, adquirir bienes materiales y aprender a administrarlos.

Los hombres que amaban a Regina estaban ausentes

Regina se sentía destrozada por el dolor de no poder vivir su amor con Marcial, su novio desde la infancia. Sin embargo, casi siempre Marcial estaba ausente. Vivía en su finca la Remanga. Él no se enteraba del sufrimiento tan terrible que agobiaba a su amada por su amor contrariado. Ella sola tenía que padecer esa tormenta interior que la invadía. Verbigracia aquél sábado en que Regina se encontraba arreglando el altar, él estaba en la iglesia.

Pero, él no se atrevió a conversar con ella, sólo se limitó a observarla desde lejos, como si fuese una estrella inalcanzable. Es decir, Marcial no estuvo presente para apoyar a Regina en momentos de sufrimiento, de dolor, de incertidumbre. Marcial era su amor. No obstante, no tuvo el suficiente valor para enfrentarse a la sociedad y buscar a Regina, a pesar de muchas de sus negativas a comunicarse con él. Tal vez ni se enteró de cuanto sufrió por su ausencia. Nunca estuvo para escucharla, para apoyarla. Siempre estuvo ausente. Aunque en la mente de Regina, estaba siempre Marcial, él no estuvo a su lado haciéndole compañía, apoyándola

cuando tenía algún conflicto. Es decir, aunque en todos los pensamientos de Regina, estuvo Marcial, de manera física, él permaneció ausente de ella.

En una de las escasas en que Marcial estuvo cara a cara con Regina, fue en aquel desafortunado día en que empezó a incubarse su enfermedad y muerte. En su interior, ella se recriminaba por estimular el amor en él, esta actitud en ella significaba debilidad, quebrantar la promesa de permanecer alejada de él, de rechazarlo.

Regina se sentía pecadora, envilecida porque según ella, por el hecho de comunicarle a Marcial con la mirada lo mucho que ella lo amaba, la convertían en una mala mujer. Se sentía cansada, como si sus fuerzas la abandonaran. Independiente de todas las cavilaciones que hacía Regina, después de ese intercambio de miradas furtivas con su amado, él vislumbró cuánto le decía ese mensaje.

Marcial se presenta ante Regina y Laura, para expresarle de manera vehemente también ese dolor que a él lo domina por ese amor tan extraño de ella hacia él. Marcial estaba confundido ante la actitud de Regina que a veces le expresaba amor y en otros, desamor, y otra indiferencia total. Marcial se hallaba desesperado y por ese motivo, quiso enfrentarla para saber a qué atenerse. Sin percatarse de que su atrevimiento, la estaría precipitando hacia el desenlace fatal: su inmediata enfermedad y muerte.

La hegemonía del marido, extraída del concepto de fragilidad, sumisión y dependencia del sexo femenino, ocasionaba una secuencia de circunstancias que se verificaban en la familia Duarte. Don Guillermo era “el Creso de la Blanca, el más querido, porque sólo venía de paso a aquel pueblo”, de esto se infería que su esposa doña Antonia y madre de Regina, debía resolver los conflictos que se presentaran, además de administrar el hogar, criar y educar a los hijos y custodiar los intereses familiares ante la comunidad. Igual situación se refrenda con Laura, la hermana mayor de Regina “Laura pensando acaso en el marido ausente”. La sociedad blanqueña donde los hombres son considerados como jueces supremos e incondicionales de la buena imagen familiar, y además amos que debían ser acatados; estaban ausentes, pero empleaban el control a través de la distancia.

La madre era quien ejercía ese control patriarcal de forma rigurosa y pertinaz sobre sus hijas casadas o solteras. Por ésta razón, cuando Laura intenta convencer a doña Antonia para que permita el noviazgo entre Regina y Marcial, y así evitarle a Regina una muerte inminente, doña Antonia responde: “Según usted, ceder es pilao, llamamos al hombre y le rogamos al hombre que se lleve a la muchacha, porque me figuro que él no ha de tener la cara de pedirla, después de las que ha hecho, y sabiendo que ella está furiosa.

Por lo que es Regina... ¡Piss!, la cazamos a la fuerza, porque ella que se estima en algo, no lo hará nunca voluntariamente. ¡Vea que tan fácil! Usted que está tan interesada por el novio, puede encargarse del arreglo. No se enoje madrecita, dice Laura muy confundida. He dicho una bobada muy grande.” (Carrasquilla 2008: 179)

En la sociedad blanqueña, se trata a la mujer como instrumento de la ideología patriarcal, se le ubica en el centro de sí misma, empero, custodiando su status de exterioridad cuando el hombre requería ejercer el control desde lejos. Labor que desempeñaba a cabalidad Doña Antonia. Así es el contexto del pueblo, las mujeres sometidas por su supuesta inferioridad y dependencia, ambicionaban perpetuar la usanza que habían recibido como legado y vigilaban y envidiaban a Regina. Al fin de cuentas, La Blanca era “un lugar de rencillas, siempre palpitantes, de enconos inveterados, anticristianos, en su intolerancia y en su gazmoñería”. Los celos y la envidia, se dejaban percibir en todas las clases sociales, sobre todo, donde tenían contacto con Regina. Las emociones eran transformadas bajo exaltaciones que esgrimían el chisme y la calumnia como estrategia comunicativa que tanto daño hicieron a Regina y hasta al mismo Marcial, su novio, como también a la familia, que por guardar las apariencias ante la sociedad mojigata, perdió a su hija predilecta. “Sólo el caer de la cascada, en ese instante perceptible, turbaba el silencio. El alma del sacerdote se cernía. De pronto, como un reclamo de la tierra, oyó en la calle el choque de las herraduras. Era Don Guillermo que llegaba.” (Carrasquilla: 2008:221) Se necesitaba que Regina falleciera, para que “El Creso de la Blanca”, regresara al pueblo. No alcanzó a los funerales. Se presenta la figura de Don Guillermo como el potentado, el pudiente. No se anticipa en ningún momento el dolor que lo puede agobiar por la muerte de su hija. Él no expresaba sus emociones, quizá porque esto era considerado signo de vulnerabilidad. Don Guillermo Duarte, no era la excepción: él era considerado “El Creso de ‘La Blanca’”.

Los padecimientos de Regina

Regina antes de su muerte padece los efectos de ese fanatismo que la sociedad de Santa María de la Blanca, le impone al prohibirle la realización de sus pretensiones amorosas. Esto significa que la gente del pueblo, le impedía vivir su vida privada, por su constante intromisión en la vida ella, a sabiendas de que Regina como individuo tenía derecho como los demás seres humanos de Santa María de la Blanca, a vivir como ella anhelara, no como los demás pretendían. Frente a esas negaciones, Regina se involucra en una serie de evasivas simbólicas para ocultar la realidad que la torturaba. Antes de morir, Regina recibe la comunión.

Mediante este acto simbólico, está demostrando su fe en esos rituales religiosos. Además, se está advirtiendo que “el cuerpo de Cristo” representado en la hostia, está entrando en ella y que la está purificando. De acuerdo con los religiosos del pueblo, Regina se convierte en una heroína con poderes que salvará a todos sus coterráneos de la peste o maldición del “rayo”. La muerte de Regina es el castigo infligido que recibe del más allá y de manera indirecta por el imaginario colectivo. Todo por haberse enamorado de un hombre de clase inferior, siendo ella, tan parecida a la Virgen María, cuyo deber consistía en su imitación. Al comienzo, Regina es convertida en ídolo por su belleza, por sus virtudes y su parecido con la Virgen María. No obstante, su naturaleza humana, la lleva a pretender vivir el amor. Esta pretensión, es lo que toda la sociedad de su pueblo, no le permite y la convierte en “chivo expiatorio”. Es ella la elegida para morir a cambio de salvarlos a todos de la peste del rayo. (Bedoya: 53)

“Regina contesta el “Sí creo” con acento reposado y recibe con unción la forma consagrada. Nadie nota en su rostro, vislumbres de temor. Pasa la ceremonia. Por los ámbitos de la casa flotan átomos de misterio.” (Carrasquilla, 2008: 192) Se aproxima su deceso. Ante el padecimiento por su amor contrariado, Regina, recurre al suicidio “simbólico”, ella desea la muerte, porque “La vida, en fin, era un camino oscuro que la aterraba”. En su hogar, su hermana Laura y Doña Antonia, trataban de animarla, sin poder hacer nada.

Sin embargo, extrañamente lo que cuestiona la transformación de Regina en acarreadora del cuerpo de Cristo es “El Rayo”, el cual implica una relación con la doctrina cristiana de la concepción virginal de Jesucristo. Como reza la explicación del catecismo del jesuita Gaspar Astete (1537-1601), dicha concepción tuvo lugar como pasan los rayos de luz por un cristal sin romperlo y sin mancharlo (Bedoya: 1996: 54) No pueden evitarse las repercusiones de esto cuando puede leerse: “El anunció corrió por la comarca como un rayo que a todos aturdió. El Rayo era en efecto: un rayo sin relámpago, sin estallido, que caía sobre la víctima, callado y misterioso, como la ejecución secreta de la divina sentencia (Carrasquilla, 2008: 185) Regina toma este Rayo, como una premonición de su destino. “El rayo no puede hacerme sino un beneficio” (Carrasquilla, 2008:186) En ella se vislumbra un suicidio simbólico. Ha padecido en reiteradas ocasiones los embates de la sociedad, la familia y la iglesia por haber tenido la osadía de amar a Marcial Rodríguez, se siente invadida por la impotencia, está cansada de asumir sola tantos quebrantos de salud emocional, física y psíquica. Regina no desea seguir persistiendo por vivir, se deja vencer por la fatalidad, quiere que todo termine pronto, por eso, afirma que El Rayo, sólo puede beneficiarla, así ya no tendrá que soportar estar separada y de Marcial ni la censura ni el señalamiento ajenos.

Otro de los padecimientos que perjudican a Regina es la envidia que ella despierta en las demás jóvenes de su comunidad. De acuerdo con esa voz narrativa, Regina es la hija de Don Guillermo Duarte, el “Creso” (el magnate) el hombre más rico del pueblo; “de lo mejor en familia y la beldad indiscutible de La Blanca “. “Delicada y exquisita por temperamento” poseía “actitud correcta” indulgencia y natural distinción y “simpatía”, “bondad”; pero nunca compartía actividades con las jóvenes del lugar: “jamás contaron con ella para paseos ni entretenimientos, ni para esos torneones indumentales de lujos a la moda” Lo cual hacía que las jóvenes no entendieran como una colegiala, atiborrada de estudios, anduviese por ahí de libro en mano, orillas de la quebrada o en el monte mismo sin más compañía y aliciente que sus hermanos pequeños” (Carrasquilla, 2008: 180)

Según afirma, Rodríguez Arenas, (2000: 209) Regina era una persona “extraña a su medio” alma buena, ajena a las miserables efusiones del estrecho mundo donde vivía. Gracias a su belleza física tenía la admiración de los jóvenes galanes. Ella además de tener linaje, distinción y solvencia económica familiar, poseía un don natural que incitaba en sus vecinas un gran sentimiento de envidia.

A las demás jóvenes blanqueñas, les fastidiaba que Regina se rehusara a formar parte de la vida mediocre del pueblo; no obstante, por su belleza y posición social, así ella hubiera participado en sus estos círculos de chismografía y otros vicios, de todas maneras, hubiera propiciado envidias. Aquí no interesa cómo hubiera actuado Regina en su comunidad, el hecho de ser una joven elegante y discreta, siempre habría molestado a las blanqueñas, quienes sentían inferiores a ella. (Rodríguez Arenas, F.M: 2000: 208) El recelo de no llegar a ser como Regina, se les hizo en realidad. La frustración de no ser el centro de atención como Regina, simbolizaba tanto el reconocimiento del valor real que la joven tenía como el hecho de que ellas no pertenecían a ese grupo donde querían situarse; por consiguiente, la frustración sentida se transformó en agresividad.

Como la situación que generaba envidia, no cambiaba y el suplicio que les generaba la envidia, no finalizaba, la agresividad se expresaba en el resentimiento hacia Regina, este sentimiento se transformó en odio y pretensiones de venganza: emociones que verbalizaban las jóvenes blanqueñas en sus apreciaciones y en sus juicios acerca de Regina: “era fastidiosa a sus condiscípulas y conocidas”; no le perdonaban a Regina las ínclitas de La Blanca: el que tratase de igual modo a las doñas que a las ñaes, (mujeres del común) a los ricos que a los pobres”; sus gustos y distracciones eran para sus condiscípulas ínfulas de extravagancia o niñerías de un bobo “muy subido”; la tenían generalmente por muy remilgada, orgullosa y

desvanecida” Según las mujeres blanqueñas, Regina debería ser mortificada por sus brotes de superioridad.

Ese sentimiento había crecido tanto, que ellas buscaban alguna venganza. En ellas se producía un conjunto de emociones negativas que las llevaba a creerse con el derecho de agredir de la misma manera en que ellas se sentían agredidas. (Rodríguez Arenas, 2000:209) Ellas no eran capaces de entender que Regina carecía de la miseria moral que las estaba envenenando. En sus mentes había una anarquía axiológica, resultado de errores con los cuales pretendían aplicarle la ley del talión.

Las murmuraciones, las habladurías acontecen entre individuos que sostienen una peculiar relación entre sí. Según Rodríguez Arenas, para advertir los obstáculos existentes para las libertades que una comunidad se brinda para efectuar una reflexión o juicio se deben analizar las particularidades de la acción determinada que permite que surjan las circunstancias particulares para el chisme. En el contexto de La Blanca, no existían fronteras para los juicios particulares que se emitían. De forma simpática se narraban historias ciertas o falsas, de los miembros más envidiados, verbigracia, el caso de Marcial, quien intentaba no dejarse contaminar por esa miseria moral de los chismosos de la Blanca y, por este motivo, se retiró a vivir a su finca “La Remanga”. El defendía su vida privada con este proceder. Esa conducta generaba “huracanes de chismes y de murmuraciones”. No obstante, las habladurías generaban dudas, desconfianzas e incertidumbres en las víctimas: gestaban reyertas, hostilidades; destruían el buen nombre de los involucrados y creaban perturbaciones familiares, sociales e individuales. El chisme ocupaba todas las clases sociales, todas las relaciones familiares y de amistad. No existían barreras para las infracciones del decoro; nadie a excepción de Laura, se percataba de indagar qué enigma se escondía detrás de las habladurías, críticas y calumnias. Como la gente no podía controlar ni a Marcial ni a los Duarte, se los calumniaba públicamente, se los denigraba. Las circunstancias se volvían tan absurdas, que ni siquiera la verdad superaba el perjuicio que se había causado.

No existe barrera que contenga el daño que ocasiona la maledicencia pública en las relaciones interpersonales y sociales. La indecisión sustentada por la reiteración, y por la calidad de las personas que realizan la comunicación, impide que reaparezca la cordialidad, la amistad y la seguridad con la que anteriormente se disfrutaba. Las apariencias y las circunstancias ambiguas, además ayudan a problematizar la situación instaurada:

Marcial fue interrumpido. Del lado del camino se oyeron voces ahogadas. Por sobre el cercado asoma la cara desfigurada de una mujer del pueblo. Manotea y gesticula como una furia; Pretende treparse por el cerco. Fraciqui aparece tras de ella: áselo de un brazo y la echa debajo de un tirón. Al punto se deja ver el negro por los barrotes de la cancilla: ¡Amito! _

Grita Fraciqui asustado “¡Amito! Repite del mismo modo. Marcial fuera de sí, se aboca hacia la puerta y sale hasta el camino. El incidente pasa en un segundo.” (Carrasquilla: 2008: 188)

Esas apariencias jamás se pudieron resolver. No se sabe qué explicación les hubiera podido dar Marcial a Laura y a Regina, ante las habladurías de la gente y el supuesto mal comportamiento; razón por la cual Regina se veía obligada a rechazarlo. Tampoco se sabe quién era la mujer y qué deseaba. Como se ignora, por qué motivo Marcial golpeó a Fraciqui después del hecho con la mujer del pueblo. No se presenta ninguna resolución, porque la familia de Regina Duarte, tiene patrones de conducta que no infringe, aunque se genere un desenlace trágico. Pero no: ella no debía saber de ningún modo lo que Marcial hiciera o deshiciera en el retiro de la hacienda, ni en parte alguna. [...] Bien comprendía ella, en su ignorancia de la vida, que el solo conocimiento de esas faltas le enfermaría el espíritu, como el cuerpo las fétidas emanaciones de la charca (Carrasquilla: 2008: 177)

Regina quería ignorar las habladurías que mancillaran la imagen que ella deseaba tener de su novio. Una estrategia certera que usa la familia Duarte para no contaminarse con la posible verdad, es ignorar los acontecimientos, esto les brinda una protección contra la indigencia axiológica que se vive en la sociedad blanqueña. No obstante, al ignorar la verdad, los miembros de esta familia, ignoran la realidad externa que los afecta. Esa represión externa e interna que se autoimponen, permite que los chismes se desplacen con libertad y cumplan su objetivo destruyendo existencias y virtudes. Cuando se puede conocer las particularidades sociales que tienen los blanqueños, se requiere entender la influencia que tienen las emociones sobre la salud y el comportamiento humano, para contribuir a esclarecer los rasgos de la personalidad de Regina y justificar los antecedentes de su actuación, sus obstinaciones y su fallecimiento. “Las señoras pasaron de largo por la encrucijada, atajando a los hermanos que pretendían acercársele, para imponerse del suceso” (Carrasquilla: 2008:190) Deseaban ocultar que la posible causa de la repentina enfermedad de Regina, fue el hecho de haber tenido esa última conversación con Marcial Rodríguez.

Regina se ve enfrentada a una presión social, comunitaria y familiar que tiene estas subdivisiones: La joven soporta la oposición de los padres a su relación con Marcial a quien ha amado desde la niñez; dos autoridades le exigen obediencia: La iglesia representada por el padre Salamanca y el Doctorcito, y la familia representada por los padres, particularmente, representada por la madre. En la familia, el padre casi siempre está ausente. La madre es quien está pendiente de todo lo concerniente al control del hogar. No importa que las penas de amor acaben con la vida de Regina, a ella se le vigila y se le exige que deseche los sentimientos por su novio, aunque en el intento, ocurra su deceso.

BIBLIOGRAFÍA

Carrasquilla, Tomás (2008) *Salve Regina*. Bogotá. Alfaguara.

Bedoya, Luis Iván (1996) *Ironía y Parodia en Tomás Carrasquilla*. Editorial Universidad de Antioquia.

Rodríguez Arenas, Flor María (2000) *Tomás Carrasquilla: Nuevas aproximaciones críticas*. Editorial Universidad de Antioquia